

SUGERENCIAS PARA UNA RESTAURACION DE LA POLITICA

por

NICOLAS ETCHEVERRY ESTRAZULAS

INTRODUCCION

La descripción del fenómeno

No es novedad para nadie que en los últimos tiempos y al menos por nuestras latitudes el fenómeno político y quienes lo representan han sufrido un severo y creciente proceso de cuestionamiento y deterioro.

Es innecesario recurrir a las estadísticas para comprobar que actualmente la capacidad de convocatoria de los políticos no es la misma que otrora en nuestro país.

Parece claro que nuestra sociedad, consciente o inconscientemente, ha optado por iniciar un proceso de "*despolitización*" que implica interesarse más por otros aspectos de la vida nacional, acotando el área política a un espacio más reducido tanto en su análisis como en su conversación cotidiana. El hecho de no estar inmersos en este momento en un período pre-electoral no parece explicación suficiente para entender este proceso.

A vía de ejemplo, los jóvenes que pueden hoy ubicarse entre los quince y los veinticinco años, muy poca o nula atención le prestan a los políticos y a su temática. Sencillamente no les interesa. Los resultados de las últimas elecciones universitarias en nuestro país, con un promedio generalizado del 30% de votos en blanco por parte del orden estudiantil, no hace más que reflejar la tendencia anteriormente descripta.

Desde ya que la comprobación de este hecho no supone adoptar una postura valorativa con respecto al mismo. Este desinterés puede ser visto como algo positivo, si quien así lo mira entiende conveniente y bienvenida una despolitización del país que permita a muchos ciudadanos ocuparse de otros asuntos que hasta ahora habían sido recubiertos y hasta sofocados por el manto político que pasaba sobre todo el quehacer nacional. Para otros en cambio, este desinterés es síntoma de una despreocupación lindera con el egoísmo, que nada quiere saber con respecto a las grandes inquietudes que conciernen al país, y que en vez de madura y solidariamente preocuparse por el futuro, sólo apunta a estar pendiente de su problemática individual, concreta y presente.

Valoraciones a un lado, lo cierto es que el fenómeno descrito ha ido paulatina pero firmemente calando cada vez más hondo en el sentir de muchos ciudadanos.... Para algunos este fenómeno se transforma en anhelo; anhelo de cambios. Cambios de caras, de enfoques, de discursos y soluciones. Otros no van tan lejos, pues con el peso que les da la experiencia, sólo aspiran a una renovación interior, dentro de las propias filas políticas, pues no confían en esas candidaturas emanadas de coyunturas accidentales que pueden a veces desembocar en remedios peores que las enfermedades que pretendían combatir.... Como ejemplos de lo primero, están Ronald Reagan, Mario Vargas Llosa o Lech Walesa -por citar algunos- para respaldar mi teoría del auge de convocatoria de masas que últimamente han tenido hombres provenientes de entornos no políticos sin ser ellos profesionales de la política.

ALGUNAS POSIBLES CAUSAS

Pretender explicar todas y cada una de las causas del fenómeno antes descrito es tarea no sólo absurdamente ambiciosa, sino además imposible. Sólo me limitaré a mencionar algunas, e incluso las aquí escogidas apuntan a un análisis que describe primordialmente la óptica, el enfoque de mi país, por lo tanto no se hacen necesariamente trasladables a otras situaciones y países.

1. La impermeabilidad

A) Por un lado, una ausencia de figuras nuevas que a su vez implica ausencia de nuevas ideas y aportes. Este vacío, esta falta de incorporación de gente al panorama político puede deberse a un engranaje cerrado por parte de quienes ya "ingresaron" -por así decirlo- al coto político y que no permiten que dicho engranaje se abra, o bien puede deberse a que desde afuera no hay muchos que tengan un encendido entusiasmo por ingresar en él. Ambas cosas pueden estar actuando en forma simultánea y retroalimentarse...

B) En otro sentido, esta impermeabilidad, esta falta de apertura implica un aislamiento por parte de quienes son los gobernantes de turno que lo hacen poco receptivos ante la crítica, el distinto enfoque o la opinión discordante. No es sólo la no aceptación de la crítica partidaria opuesta, sino incluso el rechazo de la divergencia dentro del propio partido. Ocurre entonces que el aislamiento impide ver realidades que golpean los ojos, a la vez que estimula la adulación, el elogio fácil e inconducente; en definitiva, la formación de círculos cerrados y complacientes consigo mismos.

2. La repetición desgastante

Es interesante repasar la nómina de candidatos a cargos públicos relevantes -incluso a los cargos presidenciales- a fines de los años 60 y

comienzos de los 70 y compararla con la nómina a cargos políticos de la última elección. Veinte años más tarde, parafraseando a Alejandro Dumas, las cosas no han cambiado mucho...

Esta repetición no es resultado exclusivo del transcurso de los años con la reaparición de figuras repetidas. Si así lo fuere, muchos encontrarían la excusa en los doce años del régimen de facto que -se dirá- cristalizó durante ese período la actividad política, fosilizando a sus actores e impidiendo que otros pudieran ingresar al mismo escenario. Sin embargo, la repetición a la que me refiero abarca otro tipo de síntomas y manifestaciones que son a vía de ejemplo: a) un exceso de apariciones públicas en circunstancias y momentos no estrictamente necesarios. Este exceso de manifestaciones, gradual y persistentemente va trivializando los hechos, los dichos y las personas intervinientes. b) Una elocuencia que por reiterada se torna inconvincente. El empeño por el discurso improvisado a toda hora y en todo lugar va generando hastío cuando no fastidio. Hay un sobreabundamiento de análisis y diagnósticos y una carencia enorme de propuestas racionales, de soluciones concretas y viables. Por racional entiendo la postura de quienes no se dejan llevar por las olas voluntaristas, que sólo exigen o reclaman soluciones sin plantear los medios idóneos y posibles para obtenerlas.

Ese afán protagónico, incluso luego de finalizados los períodos electorales, paulatinamente va desmejorando las imágenes.

3. Una postura "anti" en vez de "pro".

En esto de ser "contras" algunos de nuestros políticos parecen haberse contagiado de esa actitud muy nuestra que es fácilmente hallable en el ámbito futbolístico. El hincha muchas veces es más anti-Peñarol que pro-Nacional o vice-versa, y se regodea más con la derrota ajena que con la victoria propia.

Trasladada esta actitud al terreno político, nos encontramos con lo siguiente: Existe un miedo -que a veces se transforma en convencimiento absoluto- a que si al contrario le va bien a uno necesariamente le va mal. Esos miedos y convencimientos demuestran el olvido que padecen algunos cuando no recuerdan -o no quieren recordar- que están todos en un mismo barco, con un mismo mar y unos vientos contrarios o favorables que soplan indistintamente a todos por igual. Ese temor se refleja también en una gran preocupación por que se vea el elogio o apoyo de otros como signo de debilidad propia. Llegados a ese punto, la opción que les queda a quienes así ven las cosas es la de tirar para abajo y hundir en vez de empujar hacia arriba, ya sea ésto en cuestiones empresariales, sindicales, estudiantiles o gubernamentales. Conversando acerca de este tema con mi amigo y colega el Dr. Oscar Sarlo, coincidíamos en que muchas veces la postura negativa no se da en sus orígenes. Me explico: se

comienza estando a favor de una idea, propuesta o plan de trabajo y gobierno, pero una vez comprobado que no es posible llevarlo a la práctica -por las razones que fueren- se opta por hacer lo posible (o imposible) para que otras alternativas también fracasen. Son raros los casos de gestos de grandeza, desprendimiento y visión política que -superadores de la miopía y el cortoplazismo- anteponen los intereses y el bien común dejando atrás sus objetivos particulares y egoístas.

4. Los olvidos.

En lo que se refiere a los olvidos, la carrera entre electores y elegibles tiene muchas veces un final de bandera verde, pues no resulta nada fácil determinar quienes son los que se olvidan primero... Lo cierto es que tanto unos como otros están saturados de promesas incumplidas, de palabras huecas, de disposiciones programáticas floridas y grandilocuentes que se sabe de antemano son de difícil o imposible realización. Y unos y otros se preguntan hasta cuándo pueden ser útiles esas visitas barriales pre-electorales de los candidatos unos meses o semanas antes de una elección, para luego no volver a aparecer por esos lugares durante mucho tiempo, ya sea que el candidato haya triunfado o haya sido derrotado. Estos olvidos geográficos también van minando el entusiasmo de unos y la fiel consecuencia de otros.

A estos olvidos hay que sumar otros de diverso género: las ayudas de las primeras épocas, los consejos oportunos aunque no siempre bien recibidos, las advertencias de lo que iba a ocurrir en un futuro más o menos cercano y que no fueron tenidas en cuenta. Se olvidan también a veces los gestos de desprendimiento y hasta de coraje político que inmolan un puesto o una candidatura en pos de un beneficio mayor para el país. Se olvidan por último a veces las traiciones, los dobles juegos y los dobles discursos que, contrariamente a lo anterior, anteponen intereses personales y egocéntricos al interés de un partido político o incluso al interés del Estado.

Demás está decir que estos olvidos, tarde o temprano alguien termina por pagarlos. Y ese alguien es -en la mayoría de los casos- la ciudadanía toda.

5. La falta de naturalidad

Preocupados y hasta obsesionados por la importancia de los medios de comunicación -entre los cuales la televisión tiene hoy una ventaja indiscutible- los políticos y quienes tienen a su cargo la tarea de presentarlos adecuadamente (las agencias publicitarias) cargan todas sus baterías en el trabajo de la imagen, en la correcta presentación del producto y en las formas, descuidando por momentos algo fundamental: la ausencia de naturalidad. El sujeto resulta

entonces muy bien presentado, pero ya no es él... Ha quedado enredado en el juego de manos, en la vestimenta, en la impostación de la voz, en la pausa adecuada, pero se ha olvidado de ser él mismo. Y esto muchas veces el auditorio -sobre todo el femenino- lo capta inmediatamente. Una vez desaparecida la naturalidad, por más que el mensaje que se pretende transmitir sea bueno o aún excelente, tendrá un defecto de génesis; no nació en forma espontánea. Y este mal nacimiento puede determinar su prematuro fin... Porque a la corta o a la larga lo importante es el contenido y no la forma en que dicho contenido viene envuelto.

6. Las designaciones erróneas o sobreabundantes

Dicho en otros términos, el clientelismo político. Un clientelismo que es fruto de compromisos en donde prima la retribución al seguimiento fiel e incondicionado (aunque a veces no tan incondicionado) antes que una elección que recaiga en personas idóneas para el cargo, aptas ética y profesionalmente para ocupar una función determinada. Sucede entonces una de estas alternativas: a) se designa a la persona equivocada para ejercer ese cargo; b) se nombran a muchas personas para ocupar cargos o funciones similares para los cuales no están preparadas. Lamentablemente las alternativas anteriores se dan muchas veces juntas es decir que al error cualitativo se le suma el error cuantitativo. ¿La explicación? Se nombran muchos *porque* y *para que* trabajen la mitad (o menos de la mitad...).

Las consecuencias de estas designaciones erróneas y sobreabundantes no pueden ser otras que la frustración, el descreimiento y el cultivo de la mediocridad. Frustración, porque los designados, al ser muchos y con escasa preparación, no pueden pretender -además- cobrar excelentes sueldos. En consecuencia, surge más tarde o temprano la insatisfacción del trabajo mal hecho y mal remunerado. Descreimiento, porque los ciudadanos que depositaron su voto de confianza y desembolsan tributaria y mensualmente su dinero para el pago de ciertos servicios, comprueban que los mismos salvo excepciones, en vez de mejorar empeoran... Y cultivo de la mediocridad, porque en un ambiente en el que prevalece la rutina, el descontento y la baja remuneración es muy difícil que los aptos y entusiastas funcionarios que trabajan por los demás, realizando incluso en ocasiones tareas que no les corresponden, no terminen contagiados por la ley del mínimo esfuerzo, del desaliento y la resignación. Y si no se contagian es porque muchas veces optan por cambiar de trabajo.

Todas estas consecuencias repercuten en algún momento en aquellos políticos que realizaron las designaciones, o afectan el partido político que representan, poniendo en jaque su futuro, partidario y personal. A vía de

ejemplo, el criterio de la inamovilidad de los funcionarios públicos está dando pautas del "anclaje mental" que sufre el país, estancándolo históricamente en decenas de años para atrás, mientras el mundo que lo rodea pasa de largo en las áreas sindicales, empresariales o educativas.

7. La incoherencia

Por incoherencia me refiero a esos repentinos cambios de postura luego de largos períodos de mostrar y predicar una conducta no ya diferente, sino absolutamente contraria a la ahora asumida. Me refiero también a esas largas, casi eternas alianzas políticas que se rompen súbitamente y sin saber bien cómo y por qué. O a la inversa, esas alianzas que años, meses y hasta días atrás parecían imposibles y que de buenas a primeras surgen como si tal cosa, como si antes no hubiera pasado nada... Lo singular del asunto es que estos cambios repentinos no merecen ni siquiera una razonable y lógica explicación hacia la masa ciudadana que ayer se veía enfrentada y obligada a tomar caminos diferentes y hasta opuestos, y hoy se encuentra sin haber sido consultada en un mismo callejón.

Estas faltas de coherencia estimulan el descreimiento y la falta de fidelidad en los propios electores, por estar ellos mismos arrastrados en un remolino de incertidumbres y de dudas que les sacuden hasta las raíces sus propias convicciones políticas y filosóficas, cuando no se tambalean también sus personales apoyos éticos...

La inconsistencia en las convicciones conlleva a menudo la postura del "facilismo", del "más o menos", de hacerlo "a la nuestra", rechazando modelos que demostraron sobradamente en otros países que sirven. Es el enfoque de "ir tirando", del "paísito", del "poquito", de la "inflacioncita" y de todos los "itos" que empobrecen mental y realmente al país.

LOS MEDIOS PARA UNA RESTAURACION

El análisis de las causas anteriormente reseñadas de ninguna manera apunta a desprestigiar a la política y a sus representantes, sino que por el contrario, pretende dar un enfoque crítico para luego procurar encontrar soluciones constructivas a los problemas enunciados. Ello en primer lugar, porque entiendo que la política es antes que nada una vocación. Es un llamado para servir al país de una manera específica y determinada que requiere una gran dosis de entrega personal, de renunciadas de tiempo y distracciones; supone además una enorme cantidad de estudio y preparación por parte de quienes son convocados para desarrollar luego una tarea que -en reiteradas oportunidades- conlleva más decepciones que satisfacciones. No se trata entonces de poner en

duda la dignidad y responsabilidad que la función política conlleva, sino justamente de resaltarla. En segundo lugar, porque gracias a que muchos han optado por seguir esa vocación de servicio es que personas como el suscrito pueden dedicarse a otras tareas que no afectan o inciden en la cosa pública. En tercer lugar, porque sobran los ejemplos cercanos o alejados en el tiempo, dentro y fuera de nuestras fronteras, que nos demuestran la crucial y por momentos heroica importancia del político -y me refiero al político profesional sin ninguna connotación peyorativa en el término- en pasajes claves de la historia. Por lo antedicho, y con ánimo de buscar remedios a los problemas vistos sugiero:

A. Una mayor permeabilidad

La misma implica una doble apertura: apertura hacia la búsqueda de nuevas figuras políticas, estimulando la participación activa en los recintos universitarios, en los comités vecinales, en los sindicatos y en las empresas detectando al vocacional de la cosa pública. Y una apertura hacia la crítica constructiva, una receptividad mayor hacia el hombre de la calle que en el acierto o en el error tienen un enfoque diferente acerca de tal o cual cuestión. Desde ya que esta permeabilidad va unida indisolublemente a la virtud de la humildad y al saber escuchar, lo cual se logra a la vez -como todos los hábitos- por repetición de actos...

B. Evitar el desgaste

Esto no resulta fácil ponerlo en práctica, pero me inclino a pensar que las soluciones pasan por irse fijando plazos a uno mismo para con cierta dosis de sentido de ubicación y de prudencia, ir pasando la posta política, seleccionando y preparando con tiempo a aquellos aptos y dispuestos a recogerla. Muchas veces el individualismo y el afán de supervivencia política dificultan enormemente este proceso de transferencia de responsabilidades, de delegación de funciones. Las experiencias de otros países en los cuales las funciones directrices y gerenciales son asumidas por jóvenes pueden servir de ejemplo, pues contrastan con la tendencia "gerontocrática" de nuestro país. Quizás ayude recordar más a menudo que todos vamos a morir y que ninguno sabe ni el día ni la hora...

C. Una visión más positiva de la realidad

Debemos convencernos y convencer a quienes nos rodean que una óptica a favor de algo o de alguien siempre resultará más constructiva y eficaz que lo contrario. Pues así como las actitudes negativas o de "mala onda" como se dice

actualmente pueden ser contagiosas, de la misma manera una predisposición positiva que se acostumbra a emplear el término *más* en vez del término *menos* puede irradiar optimismo, buena fe, esperanza y comprensión en los demás. En muchas ocasiones esto sólo ya es suficiente para generar cambios sustanciales en las personas y en las situaciones que dichas personas viven. Sobra decir que esta visión positiva no ha de ser sinónimo de ingenuidad o falta de sentido común, como tampoco debe impedir el realismo político.

D. Utilizar los medios de recordación

Para la mala memoria no se me ocurre solución más práctica que la de emplear instrumentos o medios para recordar lo que no se puede o no se quiere recordar. En tal sentido la prensa, y más específicamente la prensa escrita, puede resultar una aliada eficaz tanto para electores como para elegibles pues con su ayuda se puede repasar la historia de los políticos con sus hechos y dichos en diversas circunstancias, y de ese modo compararlos con los tiempos actuales. También la radio y la televisión son útiles pero comúnmente resulta más accesible para el público en general (políticos incluidos) recurrir a los diarios viejos que a una grabación anterior de audio o de video.

Por otra parte nunca está demás recurrir a los amigos sinceros y memoriosos quienes mediante la advertencia oportuna, el recuerdo atinado o el consejo desinteresado, pueden evitarnos dar un mal paso. A vía de ejemplo: convendría recordar más frecuentemente que el mito de la gratuidad de los servicios públicos es eso, nada más que un mito. En mi país -por citar un caso- el mito de la gratuidad de la enseñanza ha ido elaborando firme y perversamente un sistema cada vez más pobre de servicios materiales y humanos a la vez que -paradójicamente- lo ha tornado cada vez más caro por los impuestos directos e indirectos que todos los ciudadanos debemos pagar para mantener, en una mezcla de olvido y engaño, vigente al mencionado mito. Consecuencia de dicha vigencia es la despersonalización de responsabilidades que dicho sistema "gratuito" conlleva: nadie exige demasiado por un mejor servicio, pues comprende que no puede pedirle más a un servicio gratuito, y nadie -salvo honrosas excepciones- se preocupa desde dentro por mejorarlo, pues es consciente de la ausencia de medios para lograrlo. Traslademos este diagnóstico a la salud pública y los resultados serán similares...

Recordemos entonces que lo que "nadie paga" lo pagamos en realidad todos, y en forma mucho más onerosa -no sólo desde el punto de vista monetario- de lo que aparentemente creemos.

E. La autenticidad

Sobra decir que un político debe saber dirigirse y dirigir a las masas. En el arte de la persuasión deberá emplear todos los medios lícitos que tenga a su

alcance, dentro de los cuales la oratoria y las formas de presentación son imprescindibles. Pero cierta "actuación" o performance no debe en ningún momento menoscabar su autenticidad, su ser como es, su verdadera forma de ver, de sentir y de pensar las cosas. De lo contrario, un ocultamiento parcial o total de su ser podrá darle quizás ciertos beneficios a corto plazo, pero terminará por desenmascarse en algún momento dejando insatisfechos a sus seguidores y -lo que es más grave aún- a su propia conciencia. Una cosa es persuadir y otra es engañar. La sutil pero clara línea que separa lo uno de lo otro es la que traza la diferencia entre un político y un demagogo siempre dispuesto al doble discurso.

Un ejemplo trivial puede servir para ilustrar este punto: pienso que un político gana más puntos ante la audiencia cuando frente a un tema o pregunta inesperada responde francamente que no pudo contestar en ese momento por no tener los suficientes datos pero que se compromete a dar una respuesta luego de un cierto tiempo (y luego efectivamente así lo hace), que aquel otro siempre dispuesto a abrir la boca y responder todo lo que se le plantea. El análisis posterior de las respuestas de este último dejan muchas veces una sensación de vaguedad, imprecisión e improvisación que sólo con gran suerte no afectan su credibilidad. Es porque así pienso, que no comparto la afirmación de Mario Vargas Llosa cuando en la entrevista que le hiciera Andrew Graham-Yooll en Nueva York (recogida por El País Cultural el viernes 18-06-93) sostiene con cierta ironía "... en política es muy riesgoso decir siempre la verdad. Fui muy mal político, y no tengo reparos en admitirlo." Por el contrario, creo en los beneficios de decir siempre la verdad aunque ésta duela y tenga costos políticos, por la simple razón de que tarde o temprano hay que enfrentarse con ella, y cuanto más se dilate ese enfrentamiento, más duro será asumirla.

En definitiva, sólo la historia puede decir en cada caso si vale más el político que sabe seguir las corrientes de su tiempo o por el contrario, aquel que enfrentándolas, logra desviarlas y guiarlas por nuevos rumbos.

F. El estudio y ponderación en las designaciones

Es necesaria una profundísima revisión educativa tanto en los electores como en los elegibles para cortar de raíz el mal y consabido clientelismo. Habrá que convencerse por las buenas o por las tristes y malas experiencias -propias y ajenas- que hay que designar a los mejores dentro de lo disponible para cada cargo y función. Y no designar a nadie de más, a nadie superfluo, pues ello atenta contra todo el sistema privándolo de eficacia y excelencia. Habrá que persuadirse en algún momento que los errores cualitativos y cuantitativos se pagan; y cuanto más tarde peor.

No es posible seguir haciéndose trampas al solitario posponiendo para otra elección las medidas que urge tomar ahora, traspasando los problemas de generación en generación para que sean los siguientes los que deban ocuparse de la ineficacia propia. Esto requiere sinceridad, estudio, decisión y audacia. Sinceridad para no crear falsas expectativas, para decir toda y no parte de la verdad, y sinceridad con uno mismo para no seguir engañándose y engañando a los demás. Estudio para tomar las decisiones que haya que tomar luego de un pormenorizado y profundo análisis de cada situación, a fin de evitar precipitaciones o acciones injustas. Decisión para luego de estudiado el caso, no dilatar innecesariamente las medidas que hay que adoptar. Y audacia o valentía para afrontar los eventuales riesgos políticos que esas tomas de decisiones y medidas siempre conllevan.

G. La conducta coherente

Una conducta coherente implica tener siempre presente que la ciudadanía, la masa electora no es un trampolín utilizable para alcanzar metas, por más altas que éstas sean, sino que esa ciudadanía es un fin en sí mismo. Como tal fin que es, la ciudadanía no debe ser desviada hacia donde no quiere. Aquí nuevamente puede aparecer la prensa como fiel testigo de dichos y conductas. Puente ineludible entre electores y elegibles, para poder cumplir con su misión de informar plenamente al ciudadano, la prensa debe gozar de toda la libertad y de toda la independencia que es dable concebir, pues sin libertad o sin independencia su finalidad se verá socavada y pervertida.

Por esa razón, cuidémonos de los políticos que no permiten o al menos obstaculizan la labor de los periodistas en cuanto a que su ejercicio sea plenamente libre e independiente. Apenas advirtamos mecanismos o conductas tendientes a menoscabar esos dos valores, pongámonos en pie de alerta pues pueden ser síntoma de intolerancia, obsecuencia e incluso de totalitarismo.

CONCLUSIONES

Los signos de deterioro y las sugerencias planteadas para restaurar la buena imagen de la política y sus representantes no implican desconocer que pueden existir otras causas y otras sugerencias mejores que las aquí enunciadas. Esto no pretende ser más que un aporte para contribuir a restablecer la correcta idea que debemos tener de la función pública y a dignificar la noble y exigente tarea de quienes a ella se dedican.

Es común escuchar que la política es el arte de lo posible. Algunos han transformado ese arte de lo posible en el arte de la incertidumbre. Son los que pretenden hacernos creer que posibilidad e incertidumbre son sinónimas. Si

convenimos en que la política es además de una vocación, el arte de lo posible, admitamos que es posible por medio de la crítica constructiva ir la mejorando, de la misma manera en que se pueden mejorar todas las demás profesiones de esta tierra: por medio de una superación paulatina, individual y constante de todos los hombres elegidos para desempeñarla.

Sólo a partir de esa mejoría interior e individual de cada uno es que podremos ir restaurando al sistema y a las instituciones que lo integran.

